NEW LEFT REVIEW 158

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2026

EDITORIAL

ALEXANDER ZEVIN — La guerra del Golfo de Trump — 9

ARTÍCULOS

NATHAN SPERBER — ¿Más allá del neoliberalismo? — 29

NANCY FRASER — Gaza como acontecimiento mundial — 57

ENTREVISTA

RICHARD OVERY & TOM STEVENSON — Repensar la Segunda Guerra Mundial — 75

ARTÍCULOS

LOÏC WACQUANT — Contra el abolicionismo — 111

MARCUS VERHAGEN — El arte de la contramemoria — 133

CRÍTICA

SEBASTIAN VEG — Tres perspectivas sobre Hong Kong — 145

THOMAS MEANEY — Las promesas de Occidente — 155

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

SUSCRÍBETE

tdS traficantes de sueños

NANCY FRASER

GAZA COMO ACONTECIMIENTO MUNDIAL

Los significados de Gaza siguen revelándose. Informes elocuentes y bien documentados, como los de la Relatora Especial de la ONU para los Territorios Ocupados, Francesca Albanese; aclamadas obras cinematográficas como *The Voice of Hind Rajab* (2025); poemas como *If I Must Die* (2024), de Refaat Alareer; los análisis de historiadores palestinos como Rashid Khalidi y de juristas como Rabea Eghbariah: todos estos trabajos, y muchos más, han abordado la importancia del asalto de tierra quemada perpetrado por Israel, sus repetidos ataques contra los centros de distribución de ayuda y las «zonas seguras», sus tácticas de asedio y de sometimiento a repetidas hambrunas, su desplazamiento de millones de palestinos y palestinas hacia esos «páramos inconcebibles de escombros, aguas residuales y cadáveres en descomposición» descritos por la relatora de la ONU[1].

Aquí quiero examinar un aspecto diferente de la ofensiva genocida de Israel contra Gaza: su importancia como «acontecimiento mundial», como punto de inflexión trascendental, que también sirve para revelar, y así significar, la naturaleza de los tiempos. Mi intención es hacerlo en un registro que abarcará lo político, lo social, lo filosófico y lo personal.

[1] Francesca Albanese, «Genocide as Colonial Erasure: Report of the Special Rapporteur on the Situation of Human Rights in the Palestinian Territories Occupied Since 1967», presentado ante la Asamblea General de la ONU el 1 de octubre de 2024; Kaouther Ben Hania, *The Voice of Hind Rajab,* 2025; Refaat Alareer, *If I Must Die: Poetry and Prose*, Nueva York, 2025; Rashid Khalidi, «"A New Abyss": Gaza and the Hundred Years' War on Palestine», *The Guardian,* 11 de abril de 2024; Rabea Eghbariah, «Toward Nakba as a Legal Concept», *Columbia Law Review*, vol. 124, núm. 4, mayo de 2024.

Sostengo que «Gaza» significa la crisis del orden moral prevaleciente en gran parte de Occidente durante el último medio siglo, el cual, establecido en Estados Unidos a partir de la década de 1970 y funcional para justificar su hegemonía global junto con el expansionismo israelí, se centraba en el genocidio nazi de los judíos como el emblema definitivo del «mal radical», hecho que delimitaba el horizonte dentro del cual se podía pensar la transgresión de la norma y su rectificación[2]. Hoy, sin embargo, se invoca el propio Auschwitz como justificación de un nuevo genocidio. El efecto es dejar el orden moral occidental centrado en el Holocausto en ruinas, incapaz ya de ocultar o contener los flagrantes crímenes cometidos por el Estado israelí y su patrocinador estadounidense. En el periodo actual, «Gaza» se dispone a sustituir a «Auschwitz» como símbolo de las peores atrocidades humanas de nuestro tiempo.

Ese, en cualquier caso, es el escenario que exploro aquí. Llegué a él por un camino tortuoso, que me llevó por todo el mundo, tanto literal como mentalmente, en 2024 y 2025: a Alemania, donde modestos gestos de solidaridad con Palestina se enfrentaron a exigencias de retractación; a Estados Unidos, donde se levantó y fue reprimida una gran ola de protestas universitarias contra el genocidio en curso; a «la comunidad judía», donde familias extensas, incluida la mía, cancelaban su cena anual de la Pascua judía, porque no podían hablar entre ellos de lo que estaba haciendo Israel; y, por último, a Japón, donde me invitaron a dar una conferencia sobre Gaza en medio de un sentimiento propalestino sorprendentemente extendido e indiscutible, a pesar de una predisposición proestadounidense igualmente extendida e indiscutible.

En esa última parada, en Kioto, mientras me devanaba los sesos pensando qué decir, me llamaron la atención dos observaciones. En primer lugar, «Gaza» se estaba abordando de manera diferente en estos contextos. Pero, en segundo lugar, bajo las diferencias yacían figuraciones y motivos similares, ansiedades y evasiones análogas. Las preguntas sobre víctimas, perpetradores y ajustes de cuentas morales con un pasado que parecía relativamente zanjado resurgían en cada lugar con feroz intensidad. Aquí, pensé, era posible leer la crisis de un orden mundial, cuyos crímenes ya no podían contenerse en la figura de «Auschwitz». Lo que sigue es una elaboración de esta hipótesis en forma de diario de viaje,

[2] El *locus classicus* es Peter Novick, *The Holocaust in American Life*, Nueva York, 1999; ed. cast.: *Judíos, ¿vergüenza o victimismo? El Holocausto en la vida americana*, Madrid, 2007.

en el que vuelvo a visitar los principales lugares de mi itinerario original –Alemania, Estados Unidos, la «comunidad judía mundial»– con breves paradas en Japón, Israel y Palestina. En cada caso, pretendo revelar tanto las especificidades locales como los patrones más amplios de ruptura moral, que constituyen «Gaza» como un acontecimiento mundial.

I

Empecemos por Alemania con una breve nota personal. En mayo de 2024 tenía previsto asumir una cátedra como profesora visitante en la Universidad de Colonia, para la que había sido nombrada el año anterior. Estaba todo listo para partir cuando recibí la noticia de que el rector deseaba que «aclarara» mis opiniones sobre Israel/Palestina. Acababa de enterarse de que yo era una de los cuatrocientos filósofos estadounidenses, que habíamos firmado una carta abierta en noviembre de 2023 en la que condenábamos la invasión israelí de Gaza como una apropiación de tierras colonialista y advertíamos de un genocidio inminente. En su opinión, la carta me descalificaba para la cátedra Albertus Magnus. Su petición de que «aclarara» mis opiniones era, en realidad, una exigencia de que renunciara públicamente a ellas. Cuando me negué a hacerlo, rescindió mi nombramiento y me denunció ante la prensa alemana[3]. Cuando se conoció la noticia, empecé a recibir correos de odio de gente de Israel. Hay un mensaje que se me ha quedado grabado en la mente: «Ni siquiera los descendientes de los nazis te soportan, zorra Kapo».

La rapidez y la brutalidad de todo esto fueron asombrosas. Pero no fui, ni mucho menos, la única que recibió ese trato en Alemania durante ese periodo. Entre otras, la novelista palestina Adania Shibli, cuya sesión de entrega de premios por su novela *Minor Detail* en la Feria del Libro de Fráncfort de 2023 fue cancelada; la autora anglo-alemana Sharon Dodua Otoo, a quien la ciudad de Bochum le retiró el Premio Peter Weiss de 2023; la artista y cineasta palestina Emily Jacir, cuya charla en el Hamburger Bahnhof fue cancelada; la comisaria de arte afincada en Berlín Anais Duplan, cuya exposición sobre afrofuturismo en el Museo Folkwang de Essen fue suspendida; y la artista judía sudafricana Candice Breitz, cuya exposición en el Museo del Sarre fue también cancelada. Todas estas y

[3] «Open Letter», 1 de noviembre de 2023, en el sitio web de Philosophy for Palestine. Véase también «Withdrawal of the Albertus Magnus Professorship 2024: Statement», Universidad de Colonia, 8 de abril de 2024.

muchas más personas han sido canceladas en Alemania por criticar la guerra genocida perpetrada por Israel contra Gaza y por expresar solidaridad con el pueblo palestino. Me sentí orgullosa de estar entre ellas.

La justificación oficial de estas cancelaciones radica en la idiosincrásica versión alemana de la *Staatsräson*, según la cual los intereses de la nación están indisolublemente ligados a la seguridad nacional de Israel; debilitar la segunda es *eo ipso* socavar la primera. Se supone que esta condicionalidad exime a Alemania de su responsabilidad por el asesinato de seis millones de judíos a manos de los nazis, al tiempo que, por supuesto, no asume ninguna responsabilidad por los millones de personas más asesinadas por estos: comunistas, personas con diversidad funcional, homosexuales, polacos, rusos, ucranianos, romaníes y *sinti*. En lo que respecta a los judíos, la postura de Alemania puede parecer inicialmente adecuada, incluso admirable, en comparación con la de muchos países, incluidos Estados Unidos y Japón, que no han asumido la responsabilidad por las atrocidades que cometen. Pero la doctrina alemana debe ser rechazada, no obstante, ya que vincula la responsabilidad por el judeocidio no al deber de defender los derechos humanos universales, ni siquiera a obligaciones reparadoras especiales para con el pueblo judío, sino en realidad al apoyo incondicional al Estado de Israel, lo que a su vez equipara con el respaldo incondicional a toda acción israelí emprendida en nombre de la «seguridad nacional»: las oleadas de limpieza étnica de la población palestina tras la Nakba de 1948, la ocupación por parte de las Fuerzas de Defensa de Israel de los territorios palestinos y la anexión de Jerusalén Este, la destrucción de hogares palestinos; el encarcelamiento, la tortura y el asesinato de activistas palestinos; la promoción de los asentamientos sionistas y la incitación a la violencia de los colonos o el uso del hambre y los bombardeos indiscriminados contra Gaza, acciones todas ellas que, tomadas en su conjunto, constituyen una clara indicación de intención genocida[4].

Todo esto y más cuenta con el apoyo del Estado alemán, como prueba de su nueva conciencia limpia respecto a los judíos, mientras que, al mismo tiempo, los funcionarios alemanes se atreven a intimidar a cualquier judío que sea crítico con Israel, no solo diciéndonos lo que debemos decir y pensar, sino instruyéndonos sobre nuestros deberes e

[4] F. Albanese, «Genocide as Colonial Erasure: Report of the Special Rapporteur on the Situation of Human Rights in the Palestinian Territories Occupied Since 1967», cit.

intereses como judíos: decidiendo qué significa ser judío, quién es un judío «auténtico» y quién no. Esto resulta especialmente ofensivo para los judíos de izquierda, que protestamos contra el genocidio de Gaza apelando a «otro judaísmo», a una tradición universalista, que incluye a Maimónides, Spinoza, Heine, Freud, Benjamin, Einstein, Deutscher, Arendt y Judith Butler, entre muchos otros y otras. El grito de guerra de estos judíos contra las atrocidades israelíes es: «¡No en nuestro nombre!». Para nosotros, la ecuación reduccionista del pensamiento judío con los delirios mesiánicos de la extrema derecha israelí y sus facilitadores es una negación de nuestra realidad y de nuestra historia.

«Macartismo filosemita» es el término acuñado para esta vigilancia del pensamiento por Susan Neiman, una filósofa judía estadounidense afincada en Berlín[5]. Neiman describe cómo los estudiantes de Alemania Occidental en la década de 1960 desafiaron la renuencia de la generación de sus padres a reconocer la magnitud de los crímenes nazis. En la década de 1980 la idea de «asumir» el pasado nazi se había convertido en un consenso de la clase dirigente en la República Federal[6]. Se desarrolló una densa cultura de la memoria del Holocausto, dotada de museos, planes de estudios escolares y monumentos conmemorativos públicos, junto con la advertencia de que cualquier crítica a Israel podría ser en sí misma un paso hacia ese mismo camino antisemita. Como relata Neiman, la reacción del gobierno de Merkel ante el auge de la extrema derecha de Alternative für Deutschland (AfD) fue crear en 2018 una Comisión federal para combatir el antisemitismo, asesorada por la embajada de Israel y pronto replicada a escala regional y estatal. En 2019, sin embargo, la propia AfD, al igual que muchos partidos de extrema derecha europeos, había adoptado una postura proisraelí y propuso prohibir la campaña de Boicot, Desinversión y Sanciones (BDS) en Alemania. Tal y como la han adoptado los partidos mayoritarios, la normativa prohíbe ahora a cualquier persona considerada «cercana» al BDS hablar, actuar o exponer en cualquier espacio cultural financiado

[5] Susan Neiman, «Historical Reckoning Gone Haywire», *The New York Review of Books*, 19 de octubre de 2023.

[6] Un consenso lo suficientemente firme como para provocar una reacción por parte de los historiadores conservadores, encabezados por Ernst Nolte, que rechazaban la idea de que el programa de exterminio nazi no pudiera compararse con otros genocidios. El *Historikerstreit* [debate de los historiadores] condujo a su vez a un endurecimiento del consenso de que el judeocidio era, en efecto, incomparable, una postura defendida por Jürgen Habermas. Neiman examinó esta problemática en *Learning from the Germans: Confronting Race and the Memory of Evil*, Nueva York, 2019.

con fondos públicos. Junto con las comisiones contra el antisemitismo respaldadas por el Estado, este fue otro paso crucial en la institucionalización alemana del «filosemitismo»[7].

El término de Neiman, «macartismo filosemita», puso de relieve el vínculo de este dudoso «amor por los judíos» con tácticas políticas análogas a las del anticomunismo estadounidense de la Guerra Fría: listas negras, juramentos de lealtad, delación de otros izquierdistas ante una comisión del Congreso. Como ella señala acertadamente, el «amor» en juego aquí es objetivador, solipsista, sumido en estereotipos y limitado por las nociones alemanas de lo que es un judío y cómo este debe ser; no es una apertura hacia «el otro», sino una exclusión del mismo. Además, el afecto falso y exagerado hacia un grupo de semitas, «los judíos», se utiliza para justificar la opresión llena de odio hacia otro grupo semita, los palestinos. Las amenazas a los judíos se magnifican de forma exagerada, cuando no se inventan. El sufrimiento palestino se borra, se vuelve invisible, inexistente.

En el fondo, el macartismo filosemita es antisemita en ambos sentidos: antijudío y antiárabe. Su verdadero objetivo es promover la autoestima de la clase dirigente alemana y no el bienestar de los semitas. Promete transformar a los supuestos descendientes de los nazis cargados de culpa en defensores de la política de la memoria, virtuosos a la hora de rendir cuentas con el pasado. Para que eso funcione, las víctimas judías de Alemania deben ser presentadas como puras y buenas; cualquier reconocimiento de la criminalidad del Estado israelí amenaza con alterar este frágil equilibrio. Quizá esto ayude a explicar el caso de Jürgen Habermas, quien declaró en un comunicado titulado «Principles of solidarity», que era inaceptable que un alemán se atreviera siquiera a plantear la cuestión de las intenciones genocidas de Israel en Gaza. Ello se justificaba apelando al «*ethos* democrático de la República Federal de Alemania, que está orientado hacia la obligación de respetar la dignidad humana»[8]. La preocupación por la dignidad humana, sin embargo, no

[7] S. Neiman, «Historical Reckoning Gone Haywire», cit.

[8] Nicole Deitelhoff, Rainer Forst, Klaus Günther y Jürgen Habermas, «Principles of Solidarity. A Statement», 13 de noviembre de 2023; disponible en la página web del Centro de Investigación de Órdenes Normativas de la Universidad Goethe de Fráncfort. Aunque Habermas y sus colegas habían emitido su declaración en nombre de la «solidaridad», él se negó varios meses después a firmar una carta abierta en protesta por mi inclusión en la lista negra de la Universidad de Colonia. ¿Solidaridad con quién y en virtud de qué fundamento? Habiendo aprendido mucho

se extendió a los palestinos y palestinas de Gaza, ni a los musulmanes de Alemania, que se enfrentan a una islamofobia creciente[9]. Sin duda, un número importante de intelectuales alemanes ha protestado enérgicamente contra la inclusión en listas negras de quienes se pronunciaban sobre Gaza y ha defendido los principios fundamentales de la libertad de conciencia y la libertad de expresión, incluso cuando discrepaban sobre la política de agresión israelí[10]. El efecto ha sido ampliar, aunque solo sea ligeramente, las fisuras en el muro filosemita-macartista.

2

En Estados Unidos, entretanto, los efectos de «Gaza como acontecimiento mundial» se desarrollaban en una dirección diferente y a un ritmo más rápido: de protestas cada vez más numerosas a una represión brutal. La invasión israelí de Gaza desencadenó una enorme oleada de protestas en prácticamente todos los estados. En abril y mayo de 2024, los estudiantes de más de ciento cuarenta campus universitarios se levantaron, organizando una amplia gama de acciones en solidaridad con Palestina, casi todas no violentas: marchas, vigilias, acampadas, ocupaciones, huelgas y sentadas en protesta contra la matanza israelí y el armamento y la financiación de la misma por parte del gobierno de Biden. Los participantes abarcaban todo el espectro de la población universitaria: palestinos y árabe-estadounidenses, sin duda; pero también latinos y asiático-estadounidenses, afroamericanos y «etnias blancas», cristianos y ateos, musulmanes y judíos. Para muchos y muchas, la política de protesta era algo nuevo; radicalizados por la experiencia, se unieron a grupos como la Campaign for Palestinian Rights, Students for Justice in Palestine, Jewish Voice for Peace, Not in Our Name y

---

de Habermas en el pasado, me duele escribir esto sobre él. Para más reflexiones, véase «After Habermas», blog de la *London Review of Books*, 25 de marzo de 2026.

[9] Estos puntos se expusieron en la réplica a la declaración de los «Principles of Solidarity», publicada en *The Guardian* una semana después. Véase Adam Tooze, Samuel Moyn, Amia Srinivasan, Nancy Fraser *et al.*, «The Principle of Human Dignity Must Apply to All Peoples», *The Guardian*, 22 de noviembre de 2023.

[10] Por ejemplo, más de ciento treinta académicos alemanes e internacionales firmaron una declaración de solidaridad en protesta por la medida de la Universidad de Colonia. Véase «Statement on the Withdrawal of Nancy Fraser's Appointment to the Albertus Magnus Professorship at the University of Cologne», 5 de abril de 2024, disponible en la página web de Critical Theory in Berlin. Véase también Hanno Hauenstein, «Nancy Fraser über Ausladung von Uni Köln», *Frankfurter Rundschau*, 11 de abril de 2024; Elisabeth von Thadden, «Ich bin kein Staat! Ich bin ein freier Mensch!», *Die Zeit*, 9 de abril de 2024.

Democratic Socialists of America. Al participar en conferencias y grupos de estudio, aprendieron sobre la historia del colonialismo de asentamiento y el pensamiento antiimperialista. Para una vieja sesentayochista como yo, todo esto se parecía mucho a los días intensos y embriagadores de los inicios del movimiento contra la guerra de Vietnam, lo cual anunciaba un renacimiento del radicalismo estadounidense; que partía de Occupy Wall Street y Black Lives Matter, pero añadía una dimensión internacionalista más contundente.

Entonces, en junio de 2024, esta primera ola fue sofocada en un abrir y cerrar de ojos. Utilizando como arma falsas acusaciones de antisemitismo, los sionistas judíos de derecha se unieron a los nacionalistas cristianos conservadores en una ofensiva concertada lanzada contra quienes protestaban. La policía militarizada desalojó los campamentos, arrestando y maltratando a los estudiantes. Las universidades expulsaron a sus alumnos y alumnas, prohibieron las secciones en los campus de Students for Justice in Palestine y de Jewish Voice for Peace, y no expidieron los títulos correspondientes. Grandes bufetes de abogados privados rescindieron las ofertas de trabajo, que habían hecho a los estudiantes de último curso. Los *trolls* de MAGA y de los sionistas acosaron a los manifestantes en Internet y denunciaron a quienes creían que podían ser árabes ante el ICE. Todo esto se hizo en nombre de la lucha contra el antisemitismo, que se equiparaba con la crítica a Israel y la solidaridad con el pueblo palestino. El macartismo filosemita había cruzado el océano Atlántico.

¿O acaso no? Retrospectivamente, es evidente que el macartismo en su forma original estadounidense ya tenía una vertiente filosemita, aunque fuera anterior a que Auschwitz ocupara el centro de la atención pública. Inserto en el proyecto de la Guerra Fría de aislar a la URSS en el nuevo orden capitalista mundial dominado por Estados Unidos, el macartismo obedeció a un esfuerzo dotado de mayor envergadura consistente en la remodelación de una cultura política interna en la que las sensibilidades de tipo frentepopulista seguían siendo fuertes. Una maniobra ideológica clave consistió en cambiar la imagen del aliado de guerra soviético al equiparar el comunismo con el nazismo como dos totalitarismos gemelos unidos por su rechazo ateo de la civilización «judeocristiana». Popularizada originalmente por liberales y antifascistas en el periodo de entreguerras, entre otras cosas para transmitir el mensaje de que los cristianos debían proteger a los judíos de los nazis, la noción de una tradición judeocristiana

se reutilizó como arma incluida en el arsenal anticomunista durante la Guerra Fría[11]. Esta nueva versión invitaba a los judíos estadounidenses a desvincularse del bolchevismo y demostrar su patriotismo uniéndose a la cruzada contra los rojos, una invitación que muchos «líderes comunitarios» no tardaron en aceptar[12]. Al mismo tiempo, la asociación del macartismo con la defensa de los valores *judeo*cristianos distinguió a esta última variante del populismo de derecha estadounidense de versiones anteriores que eran explícitamente antisemitas y racistas[13].

El propio Trump fue instruido, como es bien sabido, en las tácticas macartistas por su principal artífice, Roy Cohn, el judío de derecha que ideó la cruzada anticomunista del senador McCarthy[14]. Desde el principio, su guerra «*anti-woke*» contra las universidades –y contra la sociedad civil en general– se inspiró directamente en el manual de McCarthy, que describía los campus como incubadoras de intolerancia, donde los «profesores marxistas» oprimían a los estudiantes conservadores. En su segundo mandato, sin embargo, Trump ha hecho explícito el elemento filosemita, situándolo en el centro de los ataques de su gobierno contra las instituciones estadounidenses de enseñanza superior. Durante sus primeros meses de gobierno, la Office for Civil Rights de su Departamento de Educación ha abierto múltiples investigaciones contra universidades por «tolerar el antisemitismo» y «no proteger» a los estudiantes judíos e israelíes, es decir, por permitir protestas en sus campus contra la destrucción de Gaza por parte de Israel, así como por albergar programas de diversidad y supuestos procedimientos de admisión basados en la acción afirmativa.

Todo ello se ha visto respaldado por las amenazas proferidas por Trump de poner fin o limitar la financiación federal, mientras el Departamento de Comercio y el Pentágono procedían a recortar subvenciones estipuladas para proyectos específicos y el Departamento de Justicia iniciaba nuevas investigaciones y demandas. Entre las universidades señaladas se encontraban Harvard, Princeton, Columbia, Brown, Cornell, Duke, Northwestern, Penn, la Universidad de Virginia y la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA).

---

[11] K. Healan Gaston, *Imagining Judeo-Christian America: Religion, Secularism and the Redefinition of Democracy*, Chicago (IL), 2019.
[12] Fue un juez judío-estadounidense, Irving R. Kaufman, quien condenó a Ethel y Julius Rosenberg a muerte en la silla eléctrica.
[13] Gracias a Eli Zaretsky por sugerir este argumento.
[14] La película de Ali Abbasi de 2024, *The Apprentice*, es una evocadora dramatización de la relación entre Cohn y Trump.

De hecho, muchas de estas universidades cuentan con un gran número de judíos entre sus estudiantes, profesores, antiguos alumnos y donantes acaudalados. La mayoría dispone de grandes fondos privados y podría haber rechazado el chantaje, uniendo fuerzas en un frente común y contraatacando. En cambio, casi todas se doblegaron, firmaron acuerdos privados con Trump y pagaron las multas arbitrarias que él exigió: Columbia, 200 millones de dólares, Brown, 50 millones, Cornell, 60 millones, Northwestern, 75 millones[15]. En esto, siguieron el camino trazado por determinados bufetes de abogados de grandes empresas, grandes museos y centros culturales, muchos de los cuales también cedieron a las exigencias de Trump. La excepción parcial fue Harvard, que se defendió con éxito ante los tribunales contra algunas de ellas, al tiempo que intentaba negociar un acuerdo; en febrero de 2026, Trump aumentó unilateralmente la multa impuesta a Harvard por «antisemitismo» de 200 a mil millones de dólares[16].

La campaña contra el «antisemitismo» en los campus coincidió con el ataque del gobierno contra los inmigrantes. Mientras se presentaba a las universidades como focos de sentimiento antijudío y se pintaba a judíos e israelíes como víctimas, se presentaba a los palestinos y a sus partidarios como perseguidores, los cuales pasaban a ocupar el lugar de los demonizados «rojos» de la década de 1950, y se les señalaba para su deportación. Ideadas por Stephen Miller y ejecutadas por el mismo «equipo dirigente» de ICE que más tarde defendió los asesinatos de dos manifestantes en Minneapolis, las tácticas utilizadas contemplaban ahora el secuestro de estudiantes extranjeros de piel oscura por parte de policías de inmigración enmascarados, así como el chantaje financiero a las instituciones educativas. En esta iteración filosemita, el virulento antiizquierdismo del macartismo original se fusionó con un racismo manifiesto.

---

[15] Alan Blinder, «How Universities Are Responding to Trump», *The New York Times*, 5 de febrero de 2026; Alan Blinder y Michael Bender, «The Billionaire Behind Trump's Deal for Universities», *The New York Times*, 3 de octubre de 2025. Las dos universidades de la Ivy League que se libraron de estas multas arbitrarias fueron Dartmouth College y Yale, que habían respondido a la situación tomando medidas preventivas contra los estudiantes propalestinos, Asher Boiskin e Isobel McClure, «Yale Spared for Now from Trump's Punitive Ivy Funding Cuts», *Yale Daily News*, 17 de mayo de 2025; «How One Ivy League University Avoided the President's Wrath», *The Economist*, 1 de mayo de 2025.

[16] Michael Bender y Alan Binder, «Trump Administration Targets Harvard with Two New Investigations», *The New York Times*, 23 de marzo de 2026.

Los efectos en Estados Unidos han sido significativos. El equilibrio percibido entre la fuerza y el consentimiento, que Gramsci consideraba el sello distintivo de la hegemonía democrático-burguesa, se ha inclinado a favor del «líder», que desdeña descaradamente el consentimiento y esgrime la amenaza de la fuerza –coacción financiera, persecución legal, detención, deportación– respaldada por la propia fuerza. La autonomía relativa de la sociedad civil se ha visto mermada; los centros de formación de opinión, que antes se consideraban a sí mismos independientes del Estado, han demostrado ahora su sumisión a este. Si nos preguntamos qué ha propiciado este cambio trascendental, está claro que el arma más potente del arsenal trumpista ha sido la acusación de «antisemitismo»[17]. En el momento presente, además, el macartismo filosemita estadounidense es abiertamente islamófobo. Desde el principio, la noción de «civilización judeocristiana» excluía a los musulmanes, aunque admitía a los judíos como socios de segundo orden; el islam conservador había sido, no obstante, un socio potencial contra «la amenaza roja». Una vez desaparecida esta última, el islam podía considerarse la principal amenaza para los valores occidentales, ahora redefinidos mediante la invocación de «Auschwitz». En esta versión del macartismo, la designación es más elástica que nunca, agrupando a palestinos, musulmanes, árabes, persas y migrantes de piel oscura de todo tipo para apuntar al chivo expiatorio del momento. A medida que a una comunidad demonizada se le atribuyen las faltas de otra, los nacionalistas palestinos laicos son agrupados con los «terroristas de Hamás» y los mulás iraníes, todos supuestamente impulsados por un antisemitismo, que conduce inexorablemente a un segundo Auschwitz. Pero en su segunda encarnación, este llamamiento a defender la «civilización judeocristiana» huele a farsa, como lo ilustra la belicosidad caricaturesca del vídeo publicado por el «secretario de Guerra» de Trump, que mezclaba el audio de Hegseth entonando el Padrenuestro con imágenes de disparos de «misiles, buques de guerra navegando a toda máquina y paracaidistas

[17] Al igual que los comisarios del antisemitismo de Alemania, Trump se arroga el derecho de decidir quién es y quién no es un verdadero judío. Trump no ha dudado en decretar qué judíos son «estúpidos», a saber, aquellos que votaron por Zohran Mamdani en las elecciones a la alcaldía de Nueva York de 2025. La victoria de este último puso de manifiesto de manera reveladora los límites populares del macartismo filosemita en una ciudad que es la meca de los inmigrantes, así como el hogar de alrededor de un millón de judíos, la mayor comunidad de este tipo existente fuera de Israel. Además, muy pocos pestañearon cuando el nuevo alcalde prestó juramento sobre el Corán.

cayendo del cielo»[18]. En el mismo espíritu, Trump rechazó los nombres propuestos por el Pentágono para el ataque estadounidense contra Irán por considerarlos demasiado anodinos y los «bautizó», al estilo de los comics de Marvel, como «Epic Fury». Aquí también, desde el punto de vista geopolítico, los esfuerzos por (re)establecer la hegemonía estadounidense sobre una base moral degeneran en la afirmación bruta de la fuerza acompañada de una fanfarronería pueril.

3

Si estas son algunas de las formas en que el «acontecimiento mundial» de Gaza ha repercutido en Alemania y en Estados Unidos, también ha constituido una crisis de identidad trascendental para los judíos del siglo XXI. Al hilo del despliegue de estos hechos, esta crisis de identidad ha reabierto antiguas líneas de fractura inherentes a la tradición judía. A diferencia de otros monoteísmos, el judaísmo se basa en la idea de una única deidad, que es a la vez el dios de todos y el señor de un «pueblo elegido», por lo tanto, a la vez universal y tribal. Quienes se identifican como judíos siempre han tenido que lidiar con esa ambigüedad. Pero «Gaza como acontecimiento mundial» plantea el problema de nuevo en su forma más aguda. La cuestión candente para los judíos de la diáspora es cómo relacionarse con Israel, un tema que divide profundamente a la comunidad. Por un lado, se encuentra un número cada vez mayor de personas que, asqueadas por el genocidio patrocinado por el Estado, se están volviendo antisionistas y se unen a grupos como Jewish Voice for Peace y Not in Our Name, que utilizan su propia judeidad como plataforma para oponerse al «Estado judío». Al hacerlo, invocan la noción de «otro judaísmo», pero no está claro qué significa esto exactamente. ¿Es el antisionismo en sí mismo una identidad de este tipo? ¿O propugnan un sentido más concreto de «judeidad», sea esa religiosa, cultural, política?

La historia del judaísmo ofrece una variedad de modelos no sionistas y antisionistas de identidad judía. Una pequeña muestra incluiría las corrientes ortodoxas, que se opusieron desde el principio a la fundación del Estado sionista, considerándola una forma de «idolatría», que se adelantaba al Mesías; las corrientes reformistas, para quienes los judíos no son un «pueblo» etnonacional, sino una comunidad basada en la fe; los

[18] Greg Jaffe y Elizabeth Dias, «Hegseth Invokes Divine Purpose to Justify Military Might», *The New York Times*, 20 de marzo de 2026.

judíos palestinos y árabes del «Yishuv» anterior a 1948, que se unieron a musulmanes y cristianos para oponerse al asentamiento sionista; el movimiento de masas de los bundistas activo en Polonia y Rusia, que rechazaba el sionismo por considerarlo derrotista y burgués y se mostraba a favor de la autonomía cultural judía dentro de un Estado obrero multicultural, así como los judíos de Europa del Este no bundistas, que insistían en que ya tenían una nación en la Zona de Residencia [*Pale of Settlement*] y una lengua nacional en el yidis; los judíos de Oriente Próximo y el norte de África, que consideraban al sionismo como una extensión del colonialismo europeo y elaboraron identidades árabe-judías; los lectores estadounidenses del *Jewish Daily Forward*, quienes, al igual que los bundistas, no veían contradicción alguna entre la lucha por construir el socialismo *in situ* y ser judíos; o los «sionistas culturales» como Buber, que se oponían a la fundación de un Estado etnonacionalista y colonizador. Todas estas tradiciones están siendo reconsideradas hoy en día por quienes buscan una identidad específicamente judía desvinculada de Israel[19].

Otro camino, más austero, busca una «judeidad», que no esté arraigada en la especificidad grupal. Similar a lo que Deutscher denominó «el judío no judío», esta postura es universalista hasta la médula[20]. Aunque tiene su origen en la experiencia judía, su carácter esencial trasciende ese punto de partida. Al igual que el amante de la belleza descrito por Diotima en el *Banquete* de Platón, este judío se despoja de la particularidad de la que partió al alcanzar su «concepto purificado» al final del viaje. Con una mirada hacia el exterior en lugar de centrada en sí mismo, es solidario y abierto a los demás. Esta perspectiva resulta especialmente atractiva para los judíos y judías asimilados como yo. Sin embargo, el término de Deutscher plantea un problema. ¿Qué distingue, en definitiva,

[19] Gracias a Ashley Bohrer por insistir en este punto. Para un repaso de los modelos, véase Ben Lorber, «Jewish Alternatives to Zionism: A Partial History», *Jewish Voice for Peace*, 12 de enero de 2019. Para una nueva historia del Bund Obrero Judío, véase Molly Crabapple, *Here Where We Live Is Our Country: The Story of the Jewish Bund*, Londres, 2026, así como la reseña de Sam Adler-Bell «"For Leftist Jews, the Bund Is a Model": The Radical History behind one of Europe's Biggest Socialist Movements», *The Guardian*, 7 de abril de 2026. Para un análisis atento de los dilemas inherentes a cualquier intento de responder a la «cuestión judía», véase Joseph Dana, «The Long Shadow of the "Jewish Question"», *The Nation*, 16 de febrero de 2026.

[20] Isaac Deutscher, «The Non-Jewish Jew» (1958), en *The Non-Jewish Jew and Other Essays*, Londres y Nueva York, 2017; ed. cast.: *El judío no sionista y otros ensayos*, Madrid, 1971.

al «judío no judío» del «no judío» de izquierda con quien comparte el universalismo ético? ¿Es suficiente su comprensión de que es producto de una tradición compleja e internamente dividida para sostener una identidad judía específica? ¿O es la formulación de Deutscher una etapa en el camino hacia la disolución total de la identidad judía (y sería eso algo tan terrible)? Las opciones quedan en este punto pendientes de reelaboración. Pero la conclusión para prácticamente todos los judíos y judías antisionistas en relación con el orden moral centrado en Auschwitz es clara. Lejos de interpretar el judeicidio nazi como un acontecimiento único e incomparable, lo situamos dentro de la larga y terrible lista de genocidios históricos, incluido el que actualmente está perpetrando Israel. Para este tipo de judío y judía «nunca más» se interpreta de forma literal, categórica y universalista: nunca más, por parte de nadie, contra nadie. Y punto.

Los judíos sionistas de la diáspora también se enfrentan a una crisis de identidad, pero creen que pueden resolverla redoblando la apuesta por «Auschwitz» e Israel. En Estados Unidos se han aliado con los nacionalistas cristianos de derecha, que tienen su propia visión de lo que significa ser un pueblo elegido. Para muchos de estos últimos, «Make America Great Again» significa redefinir el país como una nación cristiana blanca y derrotar a quienes pretenden «reemplazarlos»: de ahí la necesidad de detener la «invasión» de inmigrantes y deportar a tantos como sea posible. Por el momento, al menos, algunos nacionalistas cristianos están dispuestos a incluir a los judíos sionistas en su coalición «judeocristiana» y a aceptarlos como «blancos». Pero su teología sugiere otro escenario menos hospitalario. Para ellos, Israel es la tierra donde todos los judíos deben reunirse para que Cristo regrese y establezca su Reino en la Tierra; quienquiera de ellos que se niegue a convertirse se enfrenta al tormento eterno en el infierno, incluso cuando los cristianos se vean arrebatados hasta el cielo. Así, esta forma de filosemitismo apenas oculta su antisemitismo subyacente. Lejos de aceptar a los judíos sionistas como auténticos compañeros, acaba convergiendo con el antisemitismo abierto de quienes marcharon en Charlottesville en agosto de 2017, coreando «los judíos no nos reemplazarán», y con las secciones de los Young Republicans (Partido Republicano), que comparten «chistes» sobre cámaras de gas y elogios a Hitler en sus chats grupales. (Cabe señalar que la nueva derecha es el único segmento de la sociedad estadounidense en el que el antisemitismo realmente está aumentando).

Los judíos israelíes también se enfrentan a una crisis de identidad, lo sepan o no: cómo conciliar su apoyo al genocidio en Gaza, o al menos su aquiescencia al mismo, con una identidad centrada en el Holocausto basada en el imperativo ético de «nunca más», que constituye el núcleo de la «educación sobre el Holocausto», tal y como se inculca en todas las escuelas y museos del país. Hasta ahora, la contradicción entre la prohibición universal del genocidio y su perpetración por parte del Estado israelí se ha gestionado mediante una pequeña falacia modal teñida de connotaciones temporales –*porque* fuimos víctimas en el pasado, *no podemos* ser los perpetradores ahora– respaldada por una forma más dura de militarismo nacionalista: aprendimos por las malas el precio de no defendernos, así que ahora atacamos de forma preventiva, liberando «nuestra tierra» de los palestinos, aniquilándolos antes de que ellos nos aniquilen a nosotros. Benjamin Netanyahu ha expresado esta idea con respecto a Irán: mientras que los judíos fueron «cazados y masacrados» en la era nazi, hoy «somos nosotros quienes cazamos a nuestros enemigos». Añadió que, si Israel no hubiera atacado Irán, «los nombres de Isfahán, Natanz, Fordow y Bushehr», las instalaciones nucleares iraníes bombardeadas, «serían recordados como Auschwitz, Majdanek y Sobibor»[21]. Para muchos israelíes, «nunca más» significa ahora algo nuevo: nunca más *contra nosotros*.

Aquí, el judío como víctima se transforma en el «judío duro», que se niega a ser conducido pasivamente a la cámara de gas, que lucha con todas las armas imaginables y gana a cualquier precio[22]. Esa idea –antes éramos víctimas, ahora somos guerreros– se materializó en la disposición del Centro Mundial para la Memoria del Holocausto Yad Vashem sito en Jerusalén, que lleva a los visitantes desde la experiencia de los judíos de Europa del Este, supuestamente cobardes y victimizados, hasta los *sabras* duros, que se reapropiaron de la antigua patria, fundaron el moderno Estado de Israel y construyeron su máquina de matar[23]. Este

[21] Citado en David Halbfinger, «Israelis Don't Feel Much Like Victors in War with Iran», *The New York Times*, 13 de abril de 2026.
[22] Paul Breines, *Tough Jews: Political Fantasies and the Moral Dilemma of American Jewry*, Nueva York, 1990.
[23] Sobre la configuración de Yad Vashem, véase Idith Zertal, «The Bearers and the Burdens: Holocaust Survivors in Zionist Discourse», *Constellations*, vol. 5, núm. 2, 1998. Sobre la opinión de que los judíos de clase trabajadora del Este de Europa aceptaron pasivamente su muerte en los campos, véase Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem*, Londres, 1963 [ed. cast.: *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, 2003]. Para una enérgica refutación en la que se argumenta que esta población tenía en general vínculos militantes de izquierda más fuertes y estaba más inclinada a resistir

«judío duro» se me apareció en aquel mensaje desde Israel sobre mi inclusión en la lista negra de Colonia: «Ni siquiera los descendientes de los nazis te soportan, zorra Kapo». El autor de esas diez palabras presenta a los críticos judíos de Israel como *Kapos*, erróneamente calificados de colaboradores no coaccionados que merecen el desprecio compartido de los «judíos de verdad» y de los «descendientes de los nazis». Del mismo modo, el autor convierte a las víctimas palestinas en perpetradores nazis y a los perpetradores israelíes primero en víctimas y luego en guerreros. Reutilizando el manual alemán para elevar la autoestima *israelí*, difunde una narrativa falsa sobre el pasado con el fin de ocultar un genocidio real, que sigue ocurriendo en el presente. Por último, remata toda la construcción con la misoginia del tipo duro.

¿Qué le depara esto a la identidad judía en el seno de Israel? ¿Es en estos momentos la única estrategia disponible redoblar la apuesta por el tribalismo de tipo duro? ¿Puede un sionismo «liberal-universalista» pos Netanyahu tener alguna credibilidad ahora, parafraseando a Adorno, «después de Gaza»?[24]. ¿O debe Israel dejar de existir como «Estado judío» para que los judíos que ahora son sus ciudadanos conserven un sentido de judaísmo con el que puedan vivir? Lo que está claro es que el orden gobernante de Israel les ha creado nuevas dificultades. En primer lugar, la relación con la diáspora está en gran medida rota. Los judíos israelíes están ahora aislados de gran parte del «judaísmo global», cuya mayoría se está volviendo antisionista[25]. Igualmente cuestionable es la relación de los judíos israelíes con las generaciones futuras, incluidos sus propios hijos, a quienes han cargado con una culpa monstruosa. ¿Qué dirán, cuando sus nietos les exijan que expliquen *este* genocidio, no el que sufrieron los judíos en el siglo XX, sino el que ellos perpetraron en el XXI? Israel es ahora un paria, vilipendiado en gran parte del mundo, y probablemente seguirá siéndolo durante mucho tiempo. Para los judíos israelíes, también, Gaza representa un punto de inflexión trascendental.

---

que los judíos alemanes «respetables» con los que Arendt se identificaba, véase Gertrude Ezorsky, «Hannah Arendt against the Facts», *New Politics*, vol. 2, núm. 4, 1963.

[24] «Escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie», Theodor Adorno, «Cultural Criticism and Society» (1949), en *Prisms*, Cambridge (MA), 1981, p. 34; ed. cast.: *Crítica de la cultura y sociedad I: Prismas*, Madrid, 2008.

[25] En octubre de 2025 una encuesta de *The Washington Post* entre judíos estadounidenses reveló que el 61 por 100 pensaba, que Israel había cometido crímenes de guerra en Gaza, mientras que el 39 por 100 creía, que había cometido un genocidio.

4

Rastrear los significados de Gaza como acontecimiento mundial a través de estos contextos entrecruzados –Alemania, Estados Unidos y la comunidad judía mundial– revela que, en cada caso, las acusaciones de antisemitismo se entrelazan con inversiones de víctima y victimario y con falsos ajustes de cuentas con el pasado, orquestados para ofuscar la verdad y eludir la responsabilidad. En todos los casos, además, «Gaza» aparece como el signo de una ruptura en el orden moral de Occidente, que se postula para sustituir a «Auschwitz» como nuevo emblema de la atrocidad humana. La lista podría ampliarse al Reino Unido, donde Keir Starmer, con el respaldo del *establishment*, ha impuesto una versión punitiva de macartismo filosemita en el Partido Laborista, expulsando a su predecesor de izquierda como líder laborista, Jeremy Corbyn, y criminalizando el apoyo al grupo de solidaridad Palestine Action. En Francia, tácticas similares del *establishment* contra Jean-Luc Mélenchon y La France Insoumise han resultado (hasta ahora) menos exitosas.

Pero también deberíamos considerar el significado de Gaza para aquellas regiones del mundo, que siempre quedaron al margen del orden moral occidental centrado en Auschwitz, tal y como se construyó en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, aquellas que, con razón, consideraban el genocidio nazi como un problema europeo, mientras tenían que lidiar con sus propias atrocidades, ya fuera como víctimas, como perpetradores o como ambos. Un caso complejo es el de Japón. Sé muy poco sobre el país como para ofrecer afirmaciones definitivas, pero sí tengo preguntas. En Kioto me llamó la atención el grado de solidaridad con Palestina que encontré y la aparente ausencia de todo macartismo filosemita, a pesar del sentimiento pro estadounidense cuasi universal del país. Sin duda, la relativa ausencia de judíos forma parte de este panorama, pero sentí curiosidad por saber qué más podría estar en juego, incluida la propia psicodinámica japonesa del victimismo y la rendición de cuentas (o no) con su pasado. Se hallaban presentes los crímenes cometidos por el Japón imperial en sus conquistas de Taiwán, Corea, Manchuria y una gran franja de China, sin duda, donde la cuestión de las disculpas –ofrecidas o negadas, aceptadas o rechazadas– sigue teniendo gran importancia. Pero también bullía la cuestión de la relación de Japón con el país que lanzó dos bombas atómicas sobre él, matando en torno a 250.000 personas, no para ganar la Guerra Caliente, que ya se había ganado, sino para tomar la delantera

en la Guerra Fría, que acababa de comenzar, y que luego lo reconstruyó como su representante antichino en Asia Oriental, al tiempo que se apoyaba en su representante en Oriente Próximo para asegurar su suministro de petróleo. ¿Cómo se compagina el sentimiento pro palestino con el sentimiento pro estadounidense en este contexto?

5

Palestina sigue siendo, por supuesto, la zona cero de Gaza como acontecimiento mundial. Los palestinos son tanto sus sujetos –ahora mucho más audibles y visibles en la escena mundial– como sus objetos, en tanto que objetivos israelíes, ya que el mero hecho de que aumente la atención mundial hacia la difícil situación del pueblo palestino impulsa a los sionistas a nuevas cotas de represión alimentadas por la ira. El resultado, mientras unos se esfuerzan por silenciar las voces palestinas y otros luchan por amplificarlas, es una guerra de palabras, que se añade a la guerra de armas; no sobre si los subalternos pueden hablar, los palestinos siempre lo han hecho, sino sobre si pueden ser escuchados y con qué alcance.

Para los palestinos, «Gaza» encierra múltiples y contradictorios significados: daños materiales masivos más una renovada visibilidad pública, una represión intensificada más un mayor apoyo, desesperación más esperanza. Este es el mensaje que transmiten, en múltiples registros diferentes, la avalancha de obras recientes, entre las que se incluyen obras de ficción narrativa tan aclamadas como *Earth and Heaven* (2014), de Sahar Khalifeh; *A Mask the Colour of the Sky* (2023), de Basem Khandaqji; *Enter Ghost* (2024), de Isabella Hammad; *The Arsonists' City* (2021), de Hala Alyan, y *The Third Bank of the Jordan River* (2026), de Hussein Barghouthi. La pregunta que queda en el aire es si esta confusa mezcla de pérdida material y ganancia moral puede traducirse en una eventual victoria política.

«Gaza», como he sugerido aquí, evoca muchas cosas, pero sobre todo evoca la crisis del orden moral de Occidente. Si ahora pretende sustituir a «Auschwitz» como símbolo dominante de la atrocidad humana, ¿podría «Gaza» contener también el principio de la esperanza, de la solidaridad y de la justicia social, de la autodeterminación y de la reconstrucción, de la reparación y del cuidado del planeta?